

SIEMPREVIVAS

Ilmo. Mons. Santiago Costamagna

OBISPO TITULAR DE COLONIA

† en Bernal (Argentina) el 9 de Septiembre de 1921

Rmo. D. Pablo Albera

RECTOR MAYOR DE LA PIA SOCIEDAD SALESIANA

† en Turín el 29 de Octubre de 1921

CON AUTORIZACION ECLESIASTICA

IMPRESA Y PAPELERIA SUCRE

GUAYAQUIL—ECUADOR

1922

(G. Guido Rocca) Doc R 68

SIEMPREVIVAS *visto*

Ilmo. Mons. Santiago Costamagna

OBISPO TITULAR DE COLONIA

† en Bernal (Argentina) el 9 de Septiembre
de 1921.

Rmo. D. Pablo Albera

RECTOR MAYOR DE LA PIA SOCIEDAD SALESIANA

† en Turín el 29 de Octubre de 1921

CON AUTORIZACION ECLESIASTICA

IMPRENTA Y PAPELERIA SUCRE

GUAYAQUIL—ECUADOR

1922

NOTAS DE PRESENTACION

Como una muestra, pequeñísima por cierto, de cariño a la veneranda memoria del RMO. P. PABLO ALBERA, Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana, y a la de su esclarecido compañero más bien que súbdito, el Ilmo. MONS. SANTIAGO COSTAMAGNA, Obispo Salesiano titular de Colonia, presentamos a nuestros Hermanos y amigos el ramito de flores con que los Salesianos de Guayaquil contribuyen a la grandiosa Corona fúnebre formada con delicados matices de todos los climas y latitudes.

La muerte de estos dos ilustres campeones de la Obra de D. Bosco ha sido profundamente sentida en el Ecuador, especialmente por los cooperadores y amigos de dicha Obra; con esta ocasión nuestro Superior el Ilmo. Mons. Comín, Sucesor de Mons. Costamagna en el gobierno del Vicariato de Méndez y Gualaquiza, ha recibido mensajes de pésame de muchísimas personas pertenecientes a todas las clases sociales de la República.

Las Autoridades Eclesiásticas, el Ilmo. Metropolitano y los demás señores Obispos Sufragáneos, se apresuraron a acompañarnos en nuestro duelo con sentidos telegramas o cartas que revelan grande aprecio a los modestos hijos del Venerable Juan Bosco. Cosa igual decimos de los conceptos emitidos por personajes de alta significación en la Magistratura, en el Foro, en las Letras etc. No siendo ésta una Corona Fúnebre, nos abstenemos de clasificar esos pensamientos y apreciaciones; que-remos sí agradecer a todos tales manifestaciones de simpatía.

En todas partes, especialmente en las ciudades de Quito, Cuenca, Riobamba y en la villa del Sigsig se han celebrado solemnes exequias, se han ofrecido numerosas comuniones y otros actos de piedad cristiana para sufragar las almas de estos dos beneméritos difuntos.

ORACION FUNEBRE

DE

MONSEÑOR SANTIAGO COSTAMAGNA

Pronunciada en las Honras Fúnebres celebradas en su sufragio en la Santa Iglesia Catedral.—Guayaquil, el 27 de Set embre de 1921.

Ilmo. y Revmo. Monseñor:

Venerables Ministros del altar:

Señores:

“Non est mortuus... sed dormit”

Un nombre, queridos hermanos, un nombre se murmura entre sollozos y lágrimas en las fúnebres ceremonias de este sacrificio incruento, un nombre querido para nosotros, querido para el Ecuador!.....El nombre de un ardiente apóstol, de un abnegado Misionero, de un celoso Obispo de la Iglesia Católica, el nombre de un entusiasta devoto de la Stma. Eucaristía y de la Virgen Santísima!.....Tu nombre, oh Monseñor Santiago Costamagna, hijo preclaro y predilecto del fundador de la Pía Sociedad Salesiana, el Venerable Don Bosco!

Y, ¿porqué repetimos hoy este nombre aquí, delante del altar de Dios, bajo la bóveda de esta santa Iglesia Catedral, en vuestra presencia, oh almas creyentes y piadosas, que habéis acudido a asistir a estos honores póstumos dedicados a la memoria de un varón ilustre, quien, precisamente en el Templo al pié de los altares templó su espíritu al más puro amor de Dios, a un intenso e insaciable amor a las almas, para buscar las cuales renunció a sus padres y a su familia, a su casa y a sus comodidades, abandonó su muy amada patria, para llevar a la práctica aquella frase, lema de la Congregación Salesiana, que con irresistible encanto oyerá un día en su juvenil corazón: *Da mihi animas caetera tolle*....Dadme almas y llevaos lo demás?

Ah! nosotros lo repetimos para depositar sobre su tumba el modesto tributo de nuestro acendrado afecto; para recordar sus excelsas virtudes; para que su espíritu siga viviendo entre nosotros. *Non est mortuus, sed dormit*....No está muerto, sino descansa.....Oh Monseñor Costamagna, no, tú no has muerto a nuestro cariño; tú, descansas en la paz del Dios tres veces santo; tú duermes el sueño del justo; tu alma ya goza en estos instantes, así lo esperamos, de la fruición divina; y tu espíritu vive aun y vivirá siempre entre nosotros siguiendo tus huellas que con tus nobles ejemplos nos dejaste trazadas!

Hijas de María Auxiliadora, que en el viejo y nuevo mundo lloran hoy en su bien amado Monseñor Costamagna, al que fué su Padre y su Director, al consejero de su alma, al amigo fiel que dirigiera sus pasos.

Al tratar el Venerable Don Bosco de dar un Superior a la tercera expedición de sus hijos misioneros de la República Argentina, en el año de 1877, escogió al Sacerdote Santiago Costamagna, su hijo predilecto, y el 14 de Noviembre del mismo año, se embarcaba en Génova con rumbo a Buenos Ayres. Llegado a su destino desplegó su actividad en todas las órdenes del ministerio eclesiástico, cosechando abundantísimos frutos de santificación en las almas, mediante el celo, y abnegación con que se prodigaba en bien de sus prójimos.

En 1879, exponiéndose a todo género de sacrificios, uniéndose a la expedición del General Argentino Roca, y fué el primer Sacerdote salesiano que puso el pié en la Patagonia, hoy magníficamente evangelizada por el Instituto de Don Bosco. En la evagelización de la Patagonia condividió sus apostólicos trabajos con el que es hoy Cardenal de la Santa Iglesia, Eminentísimo Sr. Cagliero.

En 1880 nombrado Inspector de los salesianos de la Argentina, dió gran impulso a su Instituto; realizó doce fundaciones de su Congregación; y visitó repetidas veces las Misiones de la Patagonia y los Colegios del Uruguay, Chile, Perú y Ecuador. A él se deben también las fundaciones salesianas de La Paz y Sucre en Bolivia; y en Buenos Ayres para contrarrestar a la mala prensa fundó y sostuvo las Lecturas Católicas, que perduran aún con gran provecho de las almas.

La palabra de orden, dada por Don Bosco a sus hijos, fué *oración y trabajo*, y bien podemos decir que Monseñor Costamagna personificó en sí mismo dicha palabra de orden: él fué eminentemente hombre de trabajo; pocos Salesianos fueron tan incansables en el campo de acción, como talvez nadie le supera en su espíritu de profunda y sólida piedad que hizo de nuestro ilustre extinto un hombre de oración.

Pero tiempo es ya que prescindamos de cien títulos más de honor y gloria que realzan en alto grado la hermosa figura de tan meritísimo Príncipe de la Iglesia, para fijarnos en él en su elevadísimo cargo de Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza en el Oriente Ecuatoriano.

Preconizado por León XIII en el Concistorio del 8 de Marzo de 1895, recibió la consagración episcopal en Turín, el 23 de Mayo de manos del Arzobispo de aquella Sede. Era la víspera de la gran Fiesta de la Patrona de la Obra Salesiana, y en tal día, como llevado por las manos de la Auxiliadora de los Cristianos, alcanzaba la plenitud del Sacerdocio para, bajo la pro-

Y luego levantando tu bienechora mano hacia la imagen de la Augusta Reina de los Cielos, hacia la Virgen de Don Bosco, hacia el Auxilio de los Cristianos, me repetirías con noble entusiasmo aquellas palabras que quisiste gravar en tu escudo episcopal: *Tota ratio spei meae est maria.*—Toda la razón de mi esperanza es María.

Si Señores, Jesús Sacramentado y María Auxiliadora fueron las devociones características del Venerable Don Bosco, debían serlo también de su fiel y predilecto discípulo, el Obispo Costamagna.

Para convencerse de ello bastaría haber conversado con él unos pocos momentos; basta leer sus Conferencias y el Compeil intrare; basta saborear su música y sus cantos inspirados al más ardiente y puro amor divino.

Bosquejada ligeramente la compleja y múltiple acción de Monseñor Costamagna, como Salesiano, Superior y Príncipe de la iglesia, cábenos confesar, Señores, que solamente en el Catolicismo, que no es sino la reproducción incesante de la vida del divino Salvador, es donde se encuentran hombres de esta talla, que llevan el olvido de sí propio tan lejos, que sin consideraciones a los achaques de la vejez, ni excusar incomodidades y molestias mil, sacrificando el reposo y la quietud que parecía reclamar el mismo episcopal decoro, acepten las fatigas de una eterna peregrinación y uno como cosmopolitismo perpetuo, a fin de beneficiar con los óbolos recogidos penosamente en extrañas y remotas naciones, a un país que no le vfo nacer, pero al cual ama más que propio en fuerza del vínculo sobrenatural con que algún tiempo a él le ligara Monseñor Santiago Costamagna,

Es, pués, ante todo gloria de la Iglesia, y si la Pía Sociedad Salesiana pierde en su muerte a uno de sus más ilustre miembros, honra y prez de la Institución; si el Ecuador pierde en él un bienhechor, a un sincero y leal amigo; si las Misiones del Oriente Ecuatoriano al que fué hasta ayer su valioso sostén; la iglesia católica con la muerte de Monseñor Costamagna pierde a un insigne prelado, a un adalid de la acción social, a un incansable Príncipe que en el siglo pasado y en este ha hecho suyas las palabras del Apostol: *Omnibus omnia factus ut omnes christo lucrificiam*..... Hecho todo para todos para ganarlos a todos para Jesucristo.

Señores: depositemos sobre su tumba las lágrimas de nuestro dolor profundo.....Más no, cese ya nuestro llanto; recordemos en estos instantes las palabras que Cristo Jesús dijo un día, cuando le anunciaron la muerte de su amigo Lázaro. *amicus noster non est mortuus....sed dormit*.....Nuestro amigo muerto no está sinó que descansa

la idea un santo, del varón justo según el corazón de Dios, del Sacerdote inflamado de celo apóstolico, del Padre más amoroso de medio millón de niños de todos los climas y latitudes.

¡Qué contraste entre la iniquidad y la justicia! Aquella, basada en la fuerza y el temor, se viste de pompas terrenas y ruidosamente pasa mendigando honores y alabanzas: ésta, la justicia, se apoya en el amor, busca la humildad y el olvido y despojada de toda banidad atraviesa también el sinuoso sendero de la vida, no recogiendo a veces más gloria terrena que la befa e insultos de los malvados! Con la muerte cámbianse los papeles, cae el disfraz y aparece la verdadera grandeza: la memoria del impío parece con el sonido según frase escritural (1), mas la del justo aparece aureolada con el fulgor de la eternidad; la memoria del impío es efímera o vana porque su nombre apenas queda escrito en la tierra, mientras que el nombre del justo está en el libro de la vida, en páginas inmortales y el Señor cuida que las generaciones cristianas lo repitan llenándole de gloria y bendición «cuyas memorias en bendiciones erit»

I

A pocas leguas de Turín, en el risueño pueblecito de Noné, los esposos Albera y Dellarque vieron alegrarse su hogar con el nacimiento de un hijo el 6 de Junio de 1845. Ese niño, al nacer también a la vida de la gracia en la fuente Bautismal, recibió el nombre del Apóstol de las gentes Pablo. Si en su cuna no brilló signo alguno extraordinario, Dios quiso que fuera mecido por una piadosa madre al ritmo de cristianas melodías; y si no encontró riquezas ni comodidades excesivas halló en sus padres un caudal de virtud y amor que valen más que todos los tesoros del mundo.

El niño Albera dotado de natural vivacidad debió aprender ávidamente las lecciones de piedad que en un hogar cristiano han ser las primeras por que son la mejor savia que conviene a una planta caída del cielo: la mejor cátedra para esto es el regazo de la madre.

En aquel ambiente de cariños y desvelos dió acertadamente los primeros pasos de la vida conservando en su alma el tesoro de la inocencia; pero el crecer en edad y sabiduría necesitó muy pronto guías expertos que pudieran continuar la obra de educación tan cuidadosamente atendida por sus padres. Estos confiaban que Dios no les abandonaría y una circunstancia inesperada despejó el horizonte de dudas y temores.

El cazador de almas que fue el Venerable D. Bosco, a-

(1) Salmo IX 7 y C. XI 7

II

En el Oratorio cumplió rápidamente los estudios de Humanidades y unidos a D. Bosco con una fuerza irresistible de atracción como la que sentían los niños al ver al Divino Maestro, decidió en tregar su vida al amado Padre. *Oquam pulchra et casta est generatio cum claritate!* Qué bella es esta generación pura de la caridad de D. Bosco que insensiblemente llega a los corazones de sus primeros discípulos y los hace hijos suyos! El jóven estudiante, con su conducta siempre ejemplar, mereció la belleza y fecundidad de una vocación religiosa y sacerdotal, gracia muy señalada con la que Dios previene a ciertas almas puras y en las que el cielo por su gloria encuentra energía y entusiasmo capaz de inflamar al mundo. El primer día del mes consagrado a María parece que esta buena Madre quiso escuchar las súplicas fervientes del hijo.

El 1.º de Mayo de 1860, precedido por D. Bosco, se reunió el Capítulo de la Pía Sociedad de S. Francisco de Sales para deliberar sobre la petición de algunos jóvenes alumnos que deseaban incorporarse a la misma. Entre los admitidos casi por unanimidad está Pablo Albera.

Refiriéndose a ellos escribe el P. Lemoyne (1): "Por su inteligencia, piedad y conducta, estaban considerados entre los primeros del Oratorio. D. Bosco los había formado a su imagen y semejanza, por el candor, la actividad y decisión de propósitos".

¿Habéis oído, Señores? ¿puede darse mejor testimonio de su vida colegial? Aparece como el modelo de estudiantes, sobre todo por su piedad y conducta intachable que son condiciones indispensables para que la mente pueda espaciarse sin dificultad por las regiones más encumbradas de la ciencia. *Intitium Sapientiae est timor Domini*. El principio de la verdadera sabiduría es el temor de Dios.

El 8 de Diciembre del mismo año (1860), bajo la dirección de D. Bosco, principia el noviciado, o mejor dicho lo continúa; pues los años anteriores pasados en el Oratorio son de una rápida ascensión en la vida espiritual, de una preparación no interrumpida para la vida religiosa. Al año siguiente, el 27 de Octubre de 1861, con vivísimas muestras de alegría recibe la sotana en su pueblo natal de manos del Teólogo Abrate que desde este momento trabaja más tenazmente, para que su feligrés abandone a D. Bosco; pero no lo conseguirá.

Clérigo ya y profeso en 1862 en la naciente Congregación Salesiana, entró de lleno en un ambiente de actividad que será la característica de toda su vida: asiste a la Universidad de Turín para

(1) Memorie Biografiche del servo di Dio D. Giovanni Bosco Volumen VI, pag 512.

que encontraba, a un caudillo tan preclaro. Y el aventajado discípulo correspondía plenamente a los deseos del Maestro, mientras se acercaba al monte del señor, a pasos agigantados, sin detenerse porque la voz de la marcha venía de Dios y entonces no está permitido el descanso sino en lo infinito.

El gran S. Bernardo dice que "hay hombres que desean el saber sólo por saber, y esto es una indigna curiosidad. Otros quieren llegar a la ciencia para venderla por dinero o por honores, y esto es un tráfico vergonzoso. Hay quienes aspiran a ser sabios solo por conquistarse un nombre, y esto es una ridícula vanidad. Algunos se esfuerzan en instruirse para llegar a ser mejores, y esto es prudencia. Otros en fin, trabajan en adquirir la ciencia para hacer el bien, y esto es sublime caridad"(1).

Entre estos últimos hay que poner a D. Pablo Albera. Buscó la ciencia como el avaro busca el tesoro, mas no para encerrarla en arcas sino para derramarla a manos llenas en las aulas primero, después en el púlpito y confesionario, en sus escritos, en sus conversaciones y consejos. ¡Oh si todos fueran así! ¡en el mundo habría menos ignorantes y se rendiría culto a los sabios!

En la Universidad coronó brillantemente sus estudios de Bellas Letras recibiendo la borla doctoral a los 20 años de edad. En Mirabello cosechaba también lauros en la enseñanza; basta recordar que uno de sus discípulos fue Mons. Luis Lasagna, el 2º obispo Salesiano, Apóstol del Uruguay y del Brasil y mártir de las misiones Sndamericanas; de él escribió su profesor una preciosa biografía en un estilo y forma verdaderamente admirables. Concluidos sus estudios filosóficos y teológicos sólo esperaba vencer la resistencia de la autoridad diocesana para ver cumplidos plenamente sus deseos. Superada la obstinación de su párroco ganada la voluntad del Vicario General, faltaba únicamente persuadir al Arzobispo que se oponía a las ordenaciones del clérigo Albera con fútiles pretextos, pero en realidad para ver si lograba vencer la resistencia del candidato y retenerlo en la Arquidiócesis. Pero ni promesas, ni halagos fueron capaces de cambiar los propósitos del joven levita que permanecía inquebrantable en su adhesión a D. Bosco y a su vocación religiosa.

Por fin el mismo Arzobispo Mons. Ricardí le confirió el orden del Subdiaconado el 27 de Marzo de 1868, y el 2 de Septiembre del mismo año fue ordenado sacerdote por Mons. Ferré Obispo de Casal Monferrato.

(1) Ber. Sup. Cant. Serm. XXXVI

lentamente mediante la observación de los hechos, por convicción propia. Pues bien, los Franceses al contemplar la bondad y el celo, el amor a la juventud, la santidad, el genio y la capacidad de D. Albera le llamaron «*le petit D. Bosco*» el pequeño D. Bosco, o sea el que mejor reproducía la imagen del Padre.

No os maravilléis, por tanto, si en 1892 es elegido para Director Espiritual de toda la Pía Sociedad Salesiana, cargo que ocupó sin interrupción hasta su exaltación al Rectorado supremo, pues sus hermanos, siempre lo reeligieron en los Capítulos Generales que son verdaderos Parlamentos de la *Congregación más democrática*.

A partir de este tiempo la vida de D. Albera se identifica con la de la Congregación. Si hasta este momento desarrolló una actividad sorprendente para hacer el bien a los extraños, en adelante su caridad y vida se concentra en los propios—para dirigir el espíritu de los Salesianos según las normas que el Fundador dejó como preciosísima herencia a sus hijos. Tarea muy difícil era esta de unificar los sentimientos y plasmar los espíritus según un único ideal: había que moderar a los exagerados, animar a los débiles, cerrar los hatajos y corregir los desvíos; y todo esto exigía prudencia suma y constancia diamantina. Para cumplir su cometido, vedle señores, al Rmo. Sr. D. Albera recorrer todas las casas de Europa, de Túnez, Argelia y Palestina; seguidle después desde 1900 a América donde visita todas las Casas del Continente en una peregrinación que duró tres años.

El celo por la gloria de Dios le urgía, el amor a su Madre la Congregación lo exigía: y arrostra los rigores de las estaciones, la malignidad de los climas, los peligros del mar y de la tierra; en nada estima su vida, ni vacila antes los trabajos y fatigas con tal de cumplir su misión. Podría repetir con el apóstol. *Nihil horum vereor nec facio animam meam pretiosiore[m] quam me dummodo consummem cursum meum et ministerium...*

Como la sabia vital, recorre dando nueva vida y energía a la planta corpulenta que por su desarrollo muy rápido acaso podía, si no secarse del todo, talvez volverse enfermiza y estéril. Pero augurémonos. Señores, que, conservado intacto el depósito de tradiciones y vivo el recuerdo de su Fundador, la Sociedad Salesiana, no obstante su relativa soltura y adaptabilidad a los tiempos, se mantenga una y vigorosa, con sus frondas siempre verdes, ofreciendo sus ramas y su sombra a muchas almas, que es lo único que busca en el mundo. *!Da mihi animas, coetera tolle*, Dadnos las almas llevaos todo lo demás!

El Rmo. P. Albera tiene, pues, el mérito de haber dejado casi en todas las casas como ingerto el espíritu de D. Bosco, asegurando así el porvenir de la Congregación.

Estos viajes aperecen por una parte, como el paso del sembrador, y por otra como la cosecha de afectos, de fama de re-

Exaltatus autem, humiliatus sum et conturbatus (1) Ha sido exaltado, pero en su humildad se encuentra pálido, acongojado y tembloroso; apenas puede exclamar. «Os agradezco por la muestra de confianza y estima que me habeis dado; siento que me tendreis por poco tiempo». Entonces el Rmo. P. Rinaldi toma la palabra y narra conmovido el siguiente episodio:

«En Noviembre de 1877 D. Bosco estaba en la mesa, en el Colegio de Borgo S. Martino, con Monseñor Ferré, Obispo de Casal—Monferrato y varios otros Señores, entre los cuales el joven Felipe Rinaldi. Inesperadamente la conversación recayó sobre D. Albera y las enormes dificultades que había superado para quedarse con D. Bosco. El Obispo pregunta si las había resistido. D. Bosco responde:

—No sólo ha resistido sino que afrontará y vencerá otras y otras *porque será mi segundo*... terminó la frase (D. Rinaldi no lo oyó), y se pasó la mano por la frente añadiendo: «Debe sernos muy útil en lo porvenir.» Años más tarde Rinaldi se hizo Salesiano y meditando sobre la frase de D. Bosco pensó que ese *segundo* no podía significar sino segundo sucesor. A nadie había referido este misterioso diálogo; pero tres meses antes que muriera D. Rua, D. Rinaldi escribió todo y lo puso en un sobre cerrado, por si acaso moría él mismo.

Terminaba la relación con estas palabras: «Ved cumplida ahora la profecía de D. Bosco».

Al oír esto el Superior electo se tranquilizó mucho y fiado en el auxilio de D. Bosco aceptó el cargo.

Señores, en este punto más que nunca siento corta mi inteligencia y profano mi corazón para apreciar en lo justo la vida del Rmo. P. Albera como Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana.

Dignus Dei est hic! Aquí ved la mano de Dios que guía la de sus siervos para obtener los más asombrosos resultados. La misión del 2º Sucesor de D. Bosco ha sido no sólo la de consolidación en los puestos que con rápido avance, bajo la dirección del inolvidable D. Rua, habíanse constituido como centro de operaciones apostólicas. Es cierto que su cuidado especial ha sido entregar a las nuevas generaciones Salesianas el espíritu genuino del Fundador, e íntegro el tesoro de sus tradiciones, antes que desaparecieran, uno después de otro, los primeros y más aventajados discípulos de ese Patriarca incomparable: allí está su mérito más grande. Pero los que aprecian más las estadísticas y números juzguen la competencia del Rmo. P. Albera por las 120 fundaciones realizadas durante los 11 años

(1) Salmo 35—v. 6.

des Maestros de la vida espiritual para formarse ese tesoro de doctrina que valorizándolo más aún con oportunísimas enseñanzas de la Sagrada Escritura y de los Doctores de la Iglesia, solía aplicar con maestría y autoridad incontrastable para la dirección de las almas a la perfección cristiana y religiosa.

Pero este Padre amantísimo parece inspirado cuando se dirige a sus hermanos e hijos en religión. Para hacerse oír en el mundo entero, fuera de las circulares mensuales ordinarias, nos regala eventualmente una serie de cartas edificantes para animarnos a cumplir nuestra múltiple misión en favor del prójimo, y para guiarnos mejor a la perfección individual escribe verdaderos tratados de ascética sobre temas tan sugestivos como: *la Disciplina Religiosa, el Espíritu de Piedad, el Espíritu de Fe, la Obediencia* etc. etc., que en el último de sus escritos, *Don Bosco, Modelo del Sacerdote Salesiano*, parece ha querido compendiar para dejarnos como su más preciosa herencia.

Esta nobilísima empresa de santificación propia y de los otros se verifica en silencio, casi sin llamar la atención porque se atiene a modos sencillos y cotidianos; es la santificación del deber y del trabajo por medio de la caridad, como un gran pensador dice de D. Bosco. (1)

Sin embargo esa ascética tan individual se trasluce hasta en su exterior: la dulce serenidad de su mirada, la gravedad de su persona, esa modestia natural, y todo esto unido a un aire de alegría y recojimiento en su rostro, rodeándole de una aureola extraordinaria que, al sólo mirarlo, cada uno pensaba para sí «es un Santo»

Señores no entiendo prevenir el juicio infalible de la Iglesia, al afirmar que tratándolo de cerca se constataba mejor la calidad del concepto en que era tenido.

Si diéramos una mirada retrospectiva a su vida, veríamos fácilmente que de su infancia conservó la inocencia y sencillez de su juventud, el corazón magnánimo y el fervor; en el resto de su vida, su alma siempre joven se amoldó a todas las virtudes, distinguiéndose en las que pudiéramos llamar flores de santidad: la piedad, la mansedumbre y la bondad.

¡Qué oración la del Rmo. P. Albera! Al pie de Jesús Sacramentado o ante la imagen de María Auxiliadora, celebrando la Santa Misa o rezando el Oficio Divino desbordaba sus afectos calladamente, pero su rostro de cielo indicaba cuan íntima era la unión de su ser con Dios y dejaba entrever las delicias provenientes de ese misterioso contacto de tal manera que bien podía apropiarse las palabras de David *«Mihí autem,*

(1) Alberto Caviglia—D. Bosco. Perfil Storico pag. 15.

La mansedumbre cristiana está muy lejos de la afectación mundana que procura ocultar con actos exteriores el torbellino de pasiones que interiormente agitan el alma.

Esa aparente suavidad, esas palabras de simulado afecto si no tienen su origen en la bondad de corazón, fácilmente ceden su lugar a las injusticias y violencias y entonces en vez de virtud es vicio. Mas la mansedumbre del Rmo. P. D. Albera no es otra cosa que la caridad vigorizada con una invencible paciencia para sobrellevar las debilidades de los otros y así conducirlos a Dios que es la caridad misma.

La bondad y mansedumbre ¿podían darle fruto más bello que una paz imperturbable en todas las circunstancias de la vida?—*Justitia et pax osculatae sunt* (1) La justicia y la santidad triunfantes, plantaron en su corazón la blanca bandera de la paz y a su sombra bienhechora pudo ver tranquilo desvanecerse a sus plantas las tempestades de la vida.

VI

He aquí, señores, en breve y toscas pinceladas, esbozada apenas la figura magna del Rmo. P. Albera, en este día en que sus hijos y admiradores desde esta culta ciudad hemos querido unirnos oficialmente al duelo universal por la muerte de tan preclaro varón.

Como el rayo tempestuoso que turba la diafanidad de los cielos, nos llegó el infausto anuncio, y no sabemos aún los pormenores. Toda su vida fue una preparación continua para las últimas batallas y todo nos persuade que ese ha sido el último triunfo del justo: invocando a María Auxiliadora y a D. Bosco dibujaría una sonrisa en sus labios y plácidamente, al dar un beso al crucifijo, debió desligarse el alma para volar al cielo y allí abismarse en el seno de la grandeza y bondad de su Creador.

«*Ubi est, mors, victoria tua?*» Oh muerte dónde está tu victoria?—Cerrar los ojos a la luz del mundo cuando nunca se buscaron sus grandezas y placeres; dar el adiós a los hermanos y amigos para ir a esperarles en una mansión segura y feliz; entregar a la tierra el cuerpo abatido ya por el trabajo y la mortificación; dejar, en fin, que el espíritu abandone ya la dura cárcel para remontarse hasta el seno de Dios, ¡Ah, eso no es morir!, es el principio de la verdadera vida con la luz de la eternidad en las pupilas.

¡Oh Santa Casa de Turín, o por qué has paralizado tu febril movimiento? Tus soberbios edificios y extensos claustros se ven

(1) Salmo 84 v. 18

